

1. *Ex Oriente, lux*

París, 12 de octubre de 1915

Nadie pensaba en los Balcanes. Toda Francia, toda Europa, casi todo el mundo, tenían puestas las miradas en la reciente ofensiva francesa emprendida en Champaña. Los primeros resultados obtenidos, el número de prisioneros, el optimismo gubernamental, habían despertado en París una atención extraordinaria, una gran esperanza. Y, de pronto, el ensueño pareció desvanecerse. La entrada en guerra de Bulgaria a favor de los imperios centrales disipó las ilusiones e hizo brotar nuevas dudas. Olvidamos en un instante la ofensiva francesa, que quedó estancada. Todos los ojos se volvieron hacia Oriente con profunda ansiedad. La guerra entraba en una fase inesperada, llena de misterio. ¿Qué iba a ocurrir en los Balcanes?...

Ayer tarde, saliendo de la Sorbona, un profesor amigo mío me aconsejaba: «Lo que usted debería hacer, a mi juicio (si le interesa seguir de cerca el conflicto europeo), es marcharse cuanto antes a los Balcanes. El Oriente va a ponerse de moda». Me limité a sacar del bolsillo un telegrama que acababa de recibir de *La Vanguardia*, en contestación a una carta mía. Lo mostré a mi amigo.

Decía así: «*Puede usted marcharse a los Balcanes cuando guste*».

Parto esta tarde. El otoño que comencé en París, entre los entusiasmos de la ofensiva en Champaña, voy a terminarlo en Oriente, entre los temores de la irrupción búlgaro-germánica. Mi primera crónica la escribiré navegando con rumbo a El Pireo.

2. El mar desierto

A bordo del Grao, 22 de octubre

Estaba tan liso y sosegado anoche el mar, que ni me di cuenta de que el vapor iba saliendo calladamente del puerto. En el fondo del comedor, a la luz de una lámpara eléctrica, albeaban los manteles dispuestos para una cena frugal. Solo dos pasajeros nos sentábamos a la mesa, que era inmensa y maciza, empotrada en el suelo. Alrededor, en la penumbra, brillaban las puertas bruñidas de los camarotes. Sobre el techo se levantaba una claraboya de cristales opacos, abierta a la frescura de la noche. Ni el más ligero temblor, ni el más leve crujido, nos advirtieron de que el buque surcaba el lomo blando, espumoso, del mar. Solo se agitaron los aires, y entró en la estancia un soplo vivo, fuerte, libre, de un viento cargado de aromas salobres. A esta señal silenciosa me levanté de la mesa, con un impulso irresistible, y salí a cubierta.

Estábamos lejos ya de la costa y del puerto. Todo aparecía sumido en la vasta penumbra de la noche. El espacio se dilataba sobre el mar, con un esplendor tan intenso que absorbía el sentido. El fulgor de los astros y el brillar de la luna salpicaban las aguas. Entre ambas planicies inmensas, nuestro pobre bajel se escurría, apo-

cado, avanzando mar adentro, con un farolillo encendido en el extremo de un mástil y dejando una estela muy leve, fosforescente.

Barcelona era tan solo como una sombra más densa perdida entre las tinieblas, y aplastada a lo largo del horizonte marino. El contorno de su mole se dibujaba apenas, ceñido por un halo de luz. En el fondo, una línea de puntos brillantes marcaba la ladera del Tibidabo invisible. Más cerca, sobre la orilla del mar, parpadeaba a intervalos el faro del Llobregat, como un astro que agoniza y se extingue. Ni un rumor nos llegaba de la urbe lejana. A nuestro alrededor solo resonaba, en la inmensidad prodigiosa, el vasto y melancólico murmullo del mar.

Asomado a la barandilla de popa, sentí de pronto que se desplegaba ante mí un camino insondable de aventura. ¿Qué extraño impulso me condujo a emprender este largo viaje a Oriente? Mientras todo no fue más que proyectos, preparativos y ansias; mientras solo se trató de venir de París a Barcelona —aun sabiendo que mi viaje no debería terminarse sino en las costas de Grecia o quizá más allá—, me sentí con la audacia suficiente para realizar las empresas más arduas y convertirme en explorador de tierras vírgenes o en moderno argonauta. Pero en esos instantes de exquisita tortura, cuando echada ya la suerte me vi como abandonado y perdido en la soledad de la noche, solo conmigo mismo, en medio del mar, un impulso de añoranza indecible me hizo tender las manos hacia la costa que se fundía a lo lejos, sumergida en la sombra nocturna. ¿Cuándo volveré a verla, regresando de tierras remotas, esta tierra suave? Entonces mis ojos estarán impregnados de la

luz de otros cielos, de la fina transparencia del aire de Italia, de la limpidez de los campos de Grecia, y también de la trágica, incurable violencia del mundo. Al volver a ese puerto mi alma estará cargada y rendida bajo el peso de inolvidables recuerdos —como las naves que llegan de más allá de los mares, repletas de frutos exóticos—. Pero entretanto, todo es en mí inquietud, vaguedad, incertidumbre. ¿Qué riesgos me esperan? ¿Qué peligros me acechan? El mundo está en guerra, y yo salgo a recorrer nuevos campos de batalla con una sencillez que me asombra a mí mismo. El lector que permanece en su casa, tranquilo, leyendo estas crónicas, jamás podrá ni sospechar siquiera las secretas congojas y la intrépida audacia que encierran.

Cuando me retiré a mi camarote, ayer noche, la luna declinaba sobre el horizonte y el mar se adormecía en el pálido encanto del amanecer. La serenidad de las horas pasadas en vela había dado una gran paz a mi espíritu. Al extenderme en la estrecha litera, rendido de sueño, hice el propósito de no acordarme más, hasta Génova, de la guerra, ni de las peripecias seguras que me están destinadas. Pero he aquí que, al despertarme esta mañana y al subir a cubierta, me sentí rodeado de una atmósfera de temor y misterio. Era algo inexplicable, que se filtraba sin querer en el alma, a través del sentido. El día era claro, tibio, azulado. Ni rastro de costas había en la lontananza serena. Las aguas brillaban como un charco tranquilo; pero el mar aparecía lúgubre, espantosamente desierto.

¿Por qué esta soledad tan profunda? El mar Mediterráneo, luminoso y benigno, no puede concebirse abando-

nado y sin vida como un yermo oceánico. El Mediterráneo es algo así como un piélago familiar de la raza latina. En los días de paz sus aguas presentan la animación de una fresca llanura, surcada de innumerables y seguros caminos. Aun en medio de este mar nunca llega a perderse la sensación de la costa invisible, que está siempre cerca, muy cerca, poco más allá del espacio que marca la curva tensa, hinchada, del horizonte. A cada paso los navegantes descubren siluetas esbeltas de bergantines, faluchos y goletas, con las velas doradas de luz, resbalando sobre un mar de esmeralda, o las torres sombrías de grandes buques que pasan doblando la cresta frágil de las olas.

Mas hoy el Mediterráneo se halla como aplastado bajo una inmensa tristeza. El espectro de la guerra vaga flotando sobre el ámbito anchuroso del mar. La mayoría de buques que antes lo surcaban están encerrados en los puertos. La suspensión del comercio y el temor a los submarinos germánicos han acabado con la alegría secular de estas aguas. Sus viejos surcos se van cerrando lentamente, como caminos sin tránsito borrados por la mano del tiempo. Y ahora el mar está liso, aletargado, desierto. Diríase que se ha vuelto más frío e inmenso, abandonado a su propia soledad y a su ronco murmullo.

Ni una sola nave hemos hallado al paso; ni la sombra de un barco velero; ni el penacho humeante de un buque, flotando en la lejanía venteada, desierta. Al caer de la tarde, el capitán me ha invitado a subir con él a lo más alto del puente. Estaba el mar tan solitario, tan lívido al fulgor del crepúsculo, que su visión infundía el espanto severo de una inmensa ruina. A media milla del buque, por el lado de babor, se ha producido en la superficie del agua un confuso torbellino de espuma. El

dorso negro y arqueado de un cuerpo gigante asomaba sobre el cristal de las olas. Sentí un momento el temor de un peligro. ¿Se trataría de un submarino alemán?... El capitán me miró sonriendo. La súbita aparición era un ballenato que andaba solazándose tumultuosamente, bajo el suave declinar de la tarde. El monstruo asomó varias veces, entre blancas tempestades de espuma, su lomo recio de charol. Y alejose mar adentro, seguro, tranquilo, regodeándose en la espaciosa soledad de las aguas como un rey absoluto en sus tierras sumisas.

Ya entrada la noche me retiré al camarote, cansado de vagar por el puente. Temíase que los vigías de la escuadra francesa vinieran a registrarnos en alta mar, frente a las costas del golfo de León. Decidí pasar la noche velando. Me puse a leer, medio tumbado sobre un diván, bajo la oscilante linterna del camarote. Las horas pasaban abrumadoras, lentas. El buque avanzaba sin el más leve ruido, sobre las aguas cubiertas de sombra.

A altas horas se ha presentado en mi camarote el mayordomo de a bordo. Con los brazos levantados hacía grandes y silenciosos aspavientos, como para indicarme que me alzara y le siguiera presto, sin causar ruido. Salí al instante, creyendo encontrarme con los oficiales franceses. Pero sobre cubierta no había ni un alma. La luna estaba ya hundida, y a nuestro alrededor no brillaba más que la luz del farolillo colgado del mástil de proa. En el fondo del mar tenebroso palpitaba dulcemente el faro de Tolón: sus rayos resbalaban sobre las aguas desiertas. ¿A qué era debida la alarma? He percibido en las tinieblas, a una milla de nosotros, la mole ruda, sombría, de un crucero de guerra, navegando con las luces completamente apagadas. La bandera colgaba lacia en

el asta de popa, y sendos penachos de humo brotaban de sus tres chimeneas. Detrás del crucero, como si este fuera remolcándolo con un cable invisible, seguía un gran trasatlántico, con sus mástiles finos y sus puentes superpuestos que albeaban en la oscuridad de la noche. A bordo del buque todas las luces estaban asimismo extinguidas. Ni con ayuda de mis gemelos de campaña me ha sido posible descubrir la más leve huella de vida en las dos sombras. El crucero avanzaba velozmente. El trasatlántico lo seguía sumiso, sin apartarse ni un punto de la estela profunda que su guía dejaba en las aguas. Ambos pasaron y se perdieron en la noche, como dos buques fantasmas que estuvieran vagando en las tinieblas, sin tripulación y sin rumbo, tal como aparecen en las viejas leyendas de los mares inhóspitos.

¿Se trataría, acaso, de un buque apresado por la escuadra francesa? El mayordomo me ha dicho que lo más probable es que el crucero fuera escoltando al trasatlántico, por temor a los submarinos alemanes que hace poco aparecieron en aguas de Mallorca. La noche terminaba cuando volvía otra vez a mi cuarto.

A pesar de los temores habidos, nuestro buque avanzó libremente por las costas francesas. Un viento dulcísimo se levantaba sobre el mar con la llegada del alba. Los aires se iban llenando de luz. A lo lejos asomaba, entre brumas, la costa de Italia. Las cumbres de los Alpes Marítimos destacaban sus motas verdes, pardas y cárdenas, en la neblina del amanecer. Los oteros emergían coronados de pinos y *villas* adormecidas en paz. El mar despertaba tan claro; tan puro, que la luz de los cielos parecía brotar de su fondo, a través de las aguas transparentes y finas como velos de seda.

3. Al llegar a Italia

Génova, 24 de octubre

Había cerrado la noche cuando llegamos a Génova, ciudad triste y soberbia, rica de opulencia sin arte, abrumada por el recuerdo de una inmensa y desvanecida grandeza, con el vasto anfiteatro de su caserío dominando el puerto, sus callejuelas empinadas y hondas como calvarios, el diverso colorido (ocre, rosa, anaranjado, verde y añil) de sus fachadas vetustas, y, en los barrios modernos, sus enormes edificios de piedra, recios, cuadrangulares, acribillados de aberturas, como cascos de antiguos galeones descansando a la orilla del mar.

Cuando llego por primera vez a una tierra no vista, me place aturdirme en la confusión de impresiones, todas nuevas y rápidas, que asaltan al viajero como un tumulto de vida. El aspecto de las calles, las luces, las voces, los gestos de los pasantes y hasta «el olor de la tierra» se perciben en esos momentos con una agudeza imponderable. El viajero descubre en todas partes mil signos inasequibles a los propios indígenas. Y, en cambio, las cosas más vulgares se le escapan o aparecen con un falso sentido. De ahí la gran dificultad de juzgar viajando.